

## Prólogo

---

**E**ste libro, pese a ser un relato imaginado, está basado en hechos reales ocurridos al autor. Es una historia sobre shamanismo, eco-hechicería, o magia interactiva con el planeta viviente, al que podemos llamar naturaleza, Gaia o, como algunos personajes del libro, Diosa Madre. El utilizar el término «diosa» no lleva implícito de ninguna manera el carácter de una creencia espiritual o fe religiosa. Todo lo contrario. El autor, personalmente, se aleja de ese tipo de creencias; y con este libro desea tan solo exponer que es posible la interactividad mágica con el planeta. Interactividad significa que existe una actividad -«inter»- entre- dos partes. En este caso, por un lado los humanos y por el otro diversos elementos naturales. Magia es un término que utiliza la raíz *Mag*, que significa «magnificar». Por tanto, podríamos afirmar que «magia interactiva planetaria», es aquella interactividad que los seres humanos pueden llevar a cabo con el planeta y que está de alguna manera magnificada.

Según Michael Harner, *«los shamanes afirman que debemos hablar con las plantas y los árboles, así como con los animales y las rocas, porque nuestras vidas y nuestros*

*espíritus están vinculadas a los suyos. Desde el punto de vista shamánico, todo cuanto existe está vivo».*

Desde tiempos remotos, los shamanes, confundidos por la similitud en algunos aspectos de su trabajo con brujos(as) o hechiceros(as), fueron los encargados de contactar con el otro lado: el mundo inferior o superior, según algunas culturas indígenas. O incluso la propia entidad planetaria, a la que le dieron el rango de diosa o diosa madre. Estos humanos, muy respetados por las sociedades antiguas, utilizaban las artes mágicas para aprender los misterios de la naturaleza, curar, defender su tribu y otras habilidades, como son el conocimiento de los astros y su incidencia en los aspectos naturales y humanos.

Hoy en día, los shamanes genuinos han quedado relegados por una hueste de charlatanes que dicen conocer la magia, pero que apenas rozan la superficie de la misma. En las páginas de este libro se expone de una manera sencilla la interactividad entre el humano protagonista y los otros personajes que representan de una manera u otra a la naturaleza. Aunque no se profundiza demasiado en los métodos, ya que no se pretende teorizar sobre el tema. La interactividad mágica con la entidad planetaria (Gaia-Sophia) no es algo en lo que deba creer por la fe, como las religiones monoteístas exigen a sus creyentes. Ni se aprende en un curso por Internet. Simplemente se ha de practicar *in situ*, dentro del mundo natural, lejos del mundanal ruido de las ciudades y por supuesto de la tecnología.

Tenemos aquí un nuevo modelo no religioso que nos lleva a una experiencia mística real, donde la persona es

capaz de experimentar con sus cinco sentidos la magia de la naturaleza, que está ahí siempre presente, rodeándola, pero a la que no le presta la suficiente atención como para identificarla como tal. Al igual que el protagonista de este relato, que en todo momento es ajeno a cómo la magia se despliega a su alrededor, porque no es capaz de entender sus métodos cuando los contempla inicialmente, aplicando el filtro de sus creencias adquiridas y no experimentándolos con todos sus sentidos tal como aparecen ante él.

El propósito de este libro es darle una oportunidad a nuestro planeta para que se exprese como lo que realmente es: una entidad planetaria inteligente, y no una piedra suspendida en el espacio como la ciencia pretende hacernos creer. Todo se resume a aprender, con la práctica, que el planeta está vivo y que desea que la especie humana pueda algún día no muy lejano comunicarse de nuevo con Ella y conocer su destino transpersonal: cooperar de pleno derecho en la dinámica planetaria.

De momento, solo unos pocos tienen ese privilegio: los *Hekke*. Pero quién sabe qué nos depara el destino...





## Capítulo 1º

---

### Karr el oteador

**E**l enorme y majestuoso pájaro giraba ascendiendo por la corriente térmica, a la vez que oteaba desde la inmensa atalaya que constituía el cielo del pequeño valle. Su vista era capaz de llegar hasta donde se perdía el horizonte, una serranía de pequeñas colinas que rodeaban todo aquel hermoso paraje.

Karr el Quinto era su nombre, y pertenecía a una gran colonia de buitres leonados que habitaban un inmenso cañón horadado con el paso de los siglos por un río cercano. Como su nombre indicaba, era el quinto retoño de una madre buitre llamada Pluma Torcida. Ese nombre no tenía nada de extraño, puesto que la madre buitre tenía un defecto en una de las plumas de su ala derecha; aunque no le había impedido volar por todo el valle y tener siete hermosos retoños: uno cada año desde que tuvo edad para ello. Karr era el único de sus hermanos y hermanas que tenía el rango de oteador. Ese era un distintivo muy apreciado entre la colonia, ya que pocos lo conseguían. Karr era uno de los privilegiados a los que se les permitía volar en solitario y acompañar a los proyectos en su iniciación.

Aunque deberíamos hacer notar que todavía no se había dado esa circunstancia; por tanto Karr esperaba el momento en el que sería iniciado, junto con su proyecto.

El ojo del buitre puede ver una moneda desde más de un kilómetro de altura; eso dicen los que saben del tema. Pero para lo que aquí importa, los buitres, según la tradición mística-shamanica son los guardianes de los shamanes: cada verdadero shaman tiene un buitre que lo cuida y lo guía. En el rito de iniciación del shaman, «su» buitre lo acompaña en todo momento, orientándole cuando es necesario. Para los buitres, los shamanes y hechiceros son *Hekke*, que significa «humano mágico»; pero antes de la iniciación son tan solo proyectos de *Hekke*. Hay tantos tipos de hechiceros como personas dedicadas a ese menester, incluso farsantes que se hacen pasar por ellos. Pero la clave está en el buitre. Sin un buitre a tu lado, no puedes ser un buen *Hekke*; si acaso mago de feria y poco más. Y por supuesto, vivir en una ciudad descalifica a todo humano para ser *Hekke*.

La eco-hechicería no es cosa de tomársela a broma o como un simple juego; si quieres llegar a ser bueno en este oficio debes seguir ciertas reglas no escritas. Y esa es la principal dificultad para el aprendiz, que debe aprender a leer las señales y a utilizar la magia del mundo natural que le rodea. Sería justo decir que, aunque todos los humanos tienen habilidades mágicas, solo unos pocos son capaces de descubrir cómo hacerlas valer. Esos pocos suelen seguir el camino de la Madre Naturaleza y se convierten en los guardianes del mundo natural. Pero Karr ya sabía todo